

y en la desesperación, mojaron sus infernales plumas en la hiel del rencor, y lanzaron á los cuatro vientos hojas clandestinas en las que el dogma católico se ponía en tela de juicio primero y se negaba después; y, cuando en medio del sarcasmo y de la orgía y de las felicitaciones de sus amigos creyeron aplastar á Jesucristo; y cuando se persuadieron que el mundo, como ellos, apostataba de la Religión, entonces se vió á Cristo Sacramentado, á la manera que el sol, disipadas las nubes de tormenta, brillar como nunca en las inteligencias de los creyentes y en las conciencias de los que jamás las cerraron á la ternura. Ellos mismos, los filosofastros, vinieron á buscar en la Religión el consuelo que en los últimos momentos de la vida se hace sentir en un corazón que estuvo abierto al crimen y cerrado á la virtud.

Pero, no: Jesucristo no fué aplastado, fueron ellos aplastados bajo el terrible peso de la ira de Dios, quien, en los breves y postreros instantes de su vida, les negó el consuelo por el que suspiraban. Jesucristo, así como nadie de Él se ríe sin castigo, así Él se ríe impunemente de los necios. Jesucristo siempre triunfó de sus enemigos. Éstos debieron exclamar al final de su jornada cual otro Juliano: *Venciste, Galileo, venciste.*

11. Los mal llamados filósofos armaron con sus flamantes escritos un millón de brazos para castigar la Europa bárbara y descomedida con el Crucificado. También se creía por los revolucionarios que con su trabajo iban á proscribir á Jesucristo de las conciencias y de las sociedades; y por más que bañaron á la humanidad en su propia sangre, y por más que la desolación y el luto visitaron todos los hogares, la revolución se detuvo en su carrera, dió paso á Jesucristo, y Jesucristo pasó adelante. Lo que no pudo conseguir el apóstata Juliano, ni el bárbaro Atila, ni el malvado Genserico, ni el vicioso Enrique VIII, ni la criminal Isabel de Inglaterra; ¿lo habían de conseguir los revolucionarios de fines del siglo XVIII? Es verdad que detuvieron las conquistas del Catolicismo en los países civilizados; es cierto que Jesucristo está parado en medio del camino para curar

las llagas cancerosas que causó una revolución impía, pero el Sacramento del amor, por esto que es de amor, multiplica los milagros, y si se detiene en un lugar se abre paso por otros infinitos; y he ahí que los montes conturbados (1) le saludan reverentes á su paso, y los mares detienen la furia de sus olas para presentarle como plateada alfombra la superficie de sus aguas, y Jesucristo pasa adelante y llega á mundos desconocidos; y en la América y en la Oceanía, y en el Asia y en el África, sienta sus reales por medio de sus ministros; y en todo lugar y en todo tiempo se levanta á los convertidos un altar, y se ofrece al Padre de las misericordias una Hostia inmaculada; y Jesucristo desde el altar consueta y bendice á sus hijos, abriéndose paso por entre el palacio y la cabaña, por entre el rico y el pobre, por entre el sabio y el idiota; y donde una necesidad se siente allí se presenta Jesucristo para remediarla, donde rueda una lágrima allí está Jesucristo para enjuagarla, y donde el pan del alma escasea, allá corre Jesucristo para ministrarlo.

¡Cuán bueno es el Salvador! Desde que vino al mundo para redimir al hombre del pecado, no ha cesado en la tarea de la redención. Jesucristo es fuego latente, y como fuego en acción no puede reposar. Pasó por todas partes haciendo bien; donde se le franquean las puertas entra compasivo y benigno, con las manos llenas de bienes para distribuirlos; donde se le cierran, lloroso y afligido pasa adelante buscando corazones abiertos. La semilla de su palabra y de sus bondades necesita encontrar almas generosas para colmarlas de las riquezas eucarísticas, y Él las encuentra, porque nadie ni nada puede detener su paso. Jesucristo, ha dicho S. Pablo (2), es de ayer y de hoy. *Jesus Christus heri et hodie.* Veamos ahora si también es de siempre.

#### PARTE 2.<sup>a</sup>

12. Preguntar si Jesucristo Sacramentado es de todos los siglos, equivale á preguntar si las obras del Salvador

(1) Jerem. 4, 24.

(2) Ad. Heb. XIII, 8.



son eternas; y nadie, que no sea ateo puede negar el atributo esencial de la eternidad en Cristo Dios. El profeta coronado, hablando en espíritu con el Deseado de los pueblos, dice estas solemnes y textuales palabras: Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec (1). De Melquisedec nos consta que ofreció al Altísimo en oblación voluntaria pan y vino, materia indispensable del sacrificio de nuestros altares. Y si Jesucristo había de ser sacerdote según Melquisedec, lo había de ser precisamente porque ofrecería pan y vino transubstanciados respectivamente en su cuerpo y sangre. Pero Jesucristo debería ofrecer esta divina Oblación eternamente, no por sí mismo, porque terminada su terrenal misión entraría en el seno del Padre, sino mediante los sacerdotes que, sucediéndose unos á otros en el tiempo, recibirían el divino encargo de perpetuar el Sacrificio hasta el fin de los siglos. Ved aquí, pues, corroboradas las palabras del Apóstol, que puse por texto. Jesucristo es de ayer y de hoy y de todos los siglos; sus obras santísimas, lo mismo que ayer y hoy fueron y lo serán siempre eternas. La Hostia que adoramos los cristianos no sólo es del pasado y del presente, sino que será también del porvenir. Su benéfica y poderosa influencia, á la par que la ejerció hasta hoy, la ejercerá del mismo modo hasta la conclusión de las edades: *Jesus Christus heri, et hodie, ipse et in sæcula.*

**13.** ¿Cómo se verificará esto? No cesa Jesucristo de abrirse paso por entre toda suerte de hombres y de instituciones y de inventos y de regiones y de imperios á pesar de los obstáculos que diariamente se le oponen. El que pudo abrirse paso por entre las marítimas aguas, caminando tranquilo por su inmensa superficie sin que las olas ni los peces ni los escollos se le opusieran; el que pudo abrirse paso por entre los hipócritas fariseos y sus secuaces para no ser apedreado ni maltratado, sin que ninguno de los concurrentes se diera cuenta del suceso milagroso; el que

(1) Ps. 109, 4.

pudo abrirse paso por entre los etéreos espacios, desafiando los vientos y las nubes al subir al cielo: también sabrá y podrá abrirse paso por entre las duras condiciones del hombre y de los tiempos, permaneciendo impávido cual diamantina roca en medio del encrespado oleaje de sus perversos enemigos que interminablemente le vapulan.

**14.** Y no son ya los sacramentarios los que rechazan el Sacramento del amor y se mofan de otros santísimos dogmas católicos; ni los indiferentes los que como á idiotas se hallan de pie en las esquinas contemplando friamente y sin que les cause impresión ninguna cuanto en derredor suyo acontece; no son éstos, no, los que intentan impedir directamente el paso á Jesucristo; son, sí, los francmasones que, cobrando odio eterno á la Iglesia, y jurando exterminarla, profanan la sagrada Hostia, repitiendo la horrorosa tragedia del Calvario; y siendo los judíos modernos, en malicia más refinados que los antiguos, gritan á las sociedades y á sus gobiernos: *Crucifige, crucifige eum;* son, sí, los liberales que anteponen su razón á la voluntad eterna del Altísimo, que toman la autoridad, no por el delegado de Dios, sino por la suma de las voluntades de los individuos; que, ostentando en sus banderas el precioso y atractivo lema de libertad lo secularizan todo y esclavizan á la Iglesia y á sus ministros con el más fiero despotismo; que han acostumbrado, en consecuencia, al pueblo á despreciar lo más digno, lo más venerable lo más santo; son, sí, los libertarios que, pretextando nivelar las fortunas y hacerlo todo común acusan á la Iglesia de burgués y al Catolicismo de protector de los ricos y desamparador de los pobres, cuando ni una ni otra cosa sucede, y por esta sinrazón esperan acabar con Ella y con sus instituciones todas; son, sí, los internacionales, red de individuos sin pan y sin conciencia que, multiplicándose en todos los países, y merced á un credo común y á una consigna general, promueven periódicamente esos continuos alborotos y son causa de esos hondos trastornos que amenazan hundir la sociedad en el más espantoso caos; son, sí, finalmente, todos los seres de mala volun-



tad, los perversos, los ingratos de todos los tiempos que, aviniendo mal su proceder con las enseñanzas católicas, y teniendo en ellas el riguroso fiscal de sus depravados actos, quisieran que ninguna institución pudiera estorbar sus maléficis planes. ¡Ah! Jesucristo, desde la adorable Hostia, les predica la justicia, la paz y la resignación, pero ellos no quieren entender, no quieren escuchar á fin de no obrar el bien; (1) y por más que Jesucristo paciente se muestra á ellos sacramentado, cual en otro tiempo azotado y coronado de espinas se mostraba al pueblo deicida desde el balcón del pretorio, aquéllos como éstos repiten á coro, embriagados del delirio: *Tolle, tolle crucifige eum.*

**15.** Jesucristo, empero, no puede morir más que una vez, muerte que fué necesaria á la salvación del género humano. Y si entonces, al parecer, pudieron los judíos atajarle el paso deteniéndole tres días no completos en el sepulcro, ni el Redentor dejó en realidad de continuar su salvadora obra, ni después ha dejado de proseguirla nunca á la vista de los pueblos y de las edades.

No; jamás las puertas del infierno prevalecerán contra la Iglesia; y contra la Iglesia no prevalecerán porque no pueden prevalecer contra Jesucristo, su fundador; y si el infierno con toda su sabiduría de ángel, con toda su astucia de serpiente y con toda su malicia de satán nada puede contra el Hijo de Dios, ¿cuánto menos podrán los hombres y todo el género humano junto, seres mortales cuya misma muerte, ¡fantasma horrible! hace temblar de espanto á todos esos valentones de la impiedad y de la grosería?

**16.** Quien caiga sobre la piedra angular de la Iglesia, Cristo Jesús, ha dicho el Señor, se hará pedazos (2). ¿No lo véis? No habéis leído la historia de veinte siglos en que muchas aguerridas falanges de infelices convinieron como un solo hombre contra el Señor y contra su Cristo? ¿Dónde están? Han desaparecido, diréis; se han disuelto como la sal en el agua; la muerte los ha hundido en el se-

(1) Ps. 35, 4.

(2) Math. 21, 44.

pulcro, y más que en el sepulcro en la ignominia, y de muchos de sus delirios no queda más que el nombre. Pues los hombres, dicen las sagradas Letras, (1) son en todos tiempos los mismos; la decoración podrá cambiar, el espíritu del hombre, no; la historia de la humanidad está dotada de ciertas leyes por las cuales uniformemente se rige en todas las épocas. Creed; lo que en este asunto no han podido los hombres hasta ahora, nada podrán en lo sucesivo. *Jesus Christus... et in sæcula.*

Por eso desaparecerán los protestantes, después de haberse fraccionado infinitesimalmente, y cuando hayan dado origen á otras mil doctrinas que serán las primeras en arrojar el lodo de la execración al propio luteranismo, su padre. Por eso desaparecerán los francmasones, después de haber robado á los hombres la conciencia y el pan, y cuando éstos conozcan el engaño y la perfidia de que fueron objeto. Por eso desaparecerán los liberales, después de haber ensayado todos los sistemas de libertinaje, sin haber conseguido más que la confusión y el malestar general, y cuando los hombres sensatos, cansados de tanta humillación y sarcasmo, lo arrojen con ignominia de las altas esferas. Por eso desaparecerán los libertarios, después que hayan intentado nivelar las fortunas, y cuando éstas se disipen de entre sus manos. Por eso desaparecerán los internacionales, después de haber reducido el mundo á la depravación, al despotismo y al caos, y cuando noten que con su misma obra anárquica se evaporaron sus tristes ilusiones. Por eso desaparecerán todos los hombres de mala voluntad, siquiera sea al fin del mundo, después de haber sido convertidos unos por Elías y Henoc y reprobados otros por el Juez de las eternidades, y cuando vean que los tiempos de obrar el mal tuvieron término. Sí; desaparecerán todos éstos: indudablemente desaparecerán, como han desaparecido funestamente de la trágica escena del mundo todos los perseguidores de Jesucristo y de su Iglesia, llevándose á la

(1) Eccles. VII, 11.



tumba los negros crespones de la risa no contenida de los sensatos, de las esperanzas no realizadas de los necios que les siguieron y de la execración universal. Sí; desaparecerán: indudablemente desaparecerán, como van desapareciendo diaria y no menos funestamente todos cuantos han intentado aniquilar ó molestar la obra del Salvador sin haber conseguido más triunfos que los anteriores, logrando en último término purificar á los católicos de las miserias que pudieran haber adquirido en tiempo de calma, y ayudarles á aguzar el arma de la paciencia y del valor. Sí; desaparecerán: indudablemente desaparecerán, mas no desaparecerá Jesucristo Sacramentado y su Iglesia. Piedra inmovible, contra Ella se harán añicos todos sus perseguidores, y cual pelada roca, azotada por embravecidas olas, la Divina Eucaristía subsistirá firme é inquebrantable en la sucesión de los siglos, brillando tanto más cuanto más perseguida. Y como las bellas claridades de la aurora que anuncian el día espléndido, así Ella en este mundo nos hará vislumbrar las bellas claridades de la eternidad para poseerlas á continuación de esta pasajera y mortal vida.

12. ¿No observamos cada día, cómo los hombres y los pueblos y las naciones y los gobernantes y los príncipes se convienen para derribar á Jesucristo de sus altares; y Jesucristo, por más que en algunas naciones, para su propia perdición, ha sido lanzado descaradamente del trono oficial, sin embargo reside en el trono de las conciencias? Es que Jesucristo reina. ¿No vemos cómo una revolución desaconsejada é impía, triunfando repetidas veces de la justicia y del orden, se mofa y persigue públicamente á los ministros sagrados, pone la piqueta demoledora en los templos, y los reduce á pavesas, impide los actos religiosos, multa á los católicos, encarcela á los sacerdotes, quizá mande alguno de éstos al patíbulo, nada quiere con Jesucristo, y sin embargo, la sangre de un mártir es semilla vigorosa de cristianos; y de la cárcel salen los presos con más energía que entraron para defender á Cristo; y de las prohibiciones civiles surgen las protestas y la unión de voluntades; y al la-

do de una iglesia derruída se levanta otra más rica que la primera? Es que Jesucristo vence. ¿No vemos cómo después que han pasado los perversos ministerios y las revoluciones escandalosas y los hombres inicuos, se ve germinar y florecer la Religión, cual rosa en la primavera, y por más que quizá se sienta llorosa sobre un montón de escombros, empero surge alegre, recluta á sus huestes, las congrega y las arenga para que no teman seguir á Jesucristo? Es que Jesucristo impera.

Sí; Jesucristo vence, Jesucristo reina, Jesucristo impera; y vence por el amor que nos declara en la Eucaristía, reina con el amor que preside en la Eucaristía, impera mediante el amor que le profesamos y que directamente nos viene de la Eucaristía. Pero Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera por siempre y para siempre: *Jesus Christus et in sæcula*.

Desengañaos, enemigos de Dios: que Cristo es de siempre. Haced cuanto alarde queráis de impiedad, que no venceréis jamás á Jesucristo. Dejad, pues, pasar la obra del Salvador; y nosotros, mientras tanto, gritemos á nuestros adversarios y á todo el mundo con toda la fuerza de los pulmones:

¡PASO Á JESUCRISTO!